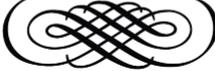


ALFAGUARA


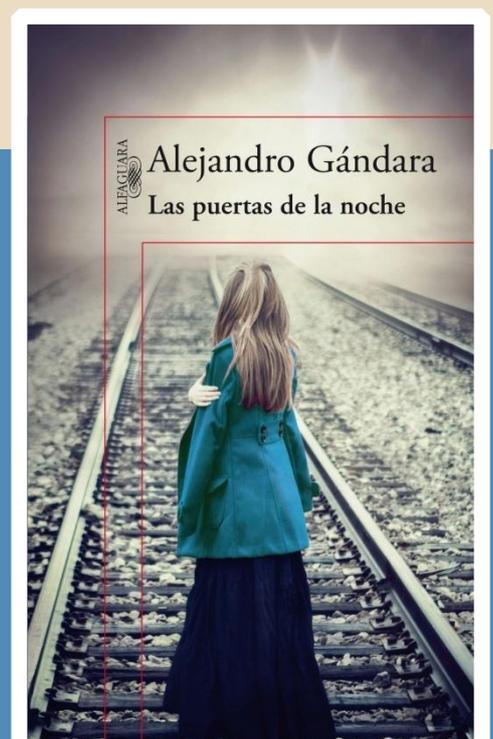
ALEJANDRO

Las puertas de la noche

Publicación: 2 de octubre 2013
Páginas: 256
PVP: 18,00 €

Alejandro Gándara combina relato y ensayo en una composición bien amalgamada, dotada de una finísima ironía y de una sutil intimidad, sin pizca de solemnidad ni condescendencia.

Una novela que trata los temas universales que interesan a todos: la vida, la muerte, el alma, el amor, con un planteamiento original y moderno.



LA OBRA

En *Las puertas de la noche* Alejandro Gándara se convierte en narrador en primera persona. El protagonista es un escritor y profesor en la cincuenta que se enfrenta de repente a la enfermedad y muerte de varios seres queridos: su alumna preferida y dos de sus mejores amigos. Esta situación le hará recordar las muertes acaecidas años atrás, la de su padre e incluso la del mejor amigo de su hija. Las preguntas que se plantea en este momento son: ¿Hay alguna manera de prepararse para el dolor venidero? ¿Somos capaces de enfrentarnos a sucesos fundamentales tales como la muerte, la separación o el duelo? Todo lo que ha escrito hasta ahora, todo lo que ha aprendido o incluso enseñado, lo pondrá al servicio de un único objetivo: descubrir si existe consuelo para el dolor, la tristeza y la muerte.

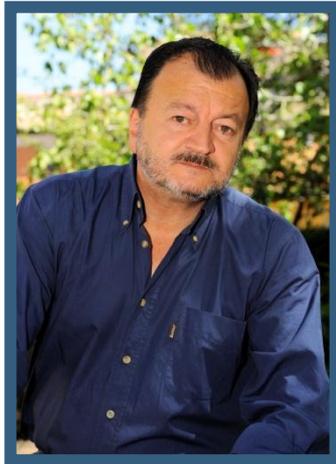
Nos encontramos ante un relato conmovedor, íntimo y, al mismo tiempo, didáctico, teórico, de lección magistral, que ahonda en temas tan universales como el dolor, la pérdida, el amor, la familia y el duelo. Con la maestría literaria que le caracteriza, el autor nos descubre su teoría sobre el sentido de la vida y el objeto de la existencia, que no es otro que el conocimiento, conocimiento como único camino posible de vida.

El autor nos explica diferentes maneras de enfrentarse al duelo, ofreciéndonos variantes históricas diversas como la de los griegos antiguos, los judíos, Sócrates o Confucio, entre otros. Además, insiste en la necesidad de enfrentarlo, de evitar una huida hacia delante ya que más tarde o más temprano el sentimiento nos asaltará si lo hemos intentado esquivar.

Después de superar la muerte de sus seres queridos, llega la vida y con ella un soplo de aire fresco: el autor acaba su libro y asiste al nacimiento de su hija Iris, la niña a la que el escritor se dedicará en cuerpo y alma, y que de alguna manera le devuelve las vidas que se han ido.

Alejandro Gándara combina en esta última obra relato autobiográfico, ensayo e historia de vida en una novela que trata algunos de los temas fundamentales de la literatura: la vida, la muerte, el amor, la enfermedad y el duelo. Se trata de una confesión a corazón abierto, un relato sincero escrito desde una primera persona que se desnuda para enseñarnos sin pudor todas las miserias y las grandezas del ser humano.

EL AUTOR



Alejandro Gándara (Santander, 1957) ha desarrollado una intensa carrera literaria, no sólo a través de su propia obra, sino también como agente y promotor de la cultura española. Ha publicado novelas como *La media distancia* o *El día de hoy*, pero también ensayo. En 1992 recibió el Premio Nadal por *Ciegas esperanzas*, en 1998 el Premio Anagrama de Ensayo por *Las primeras palabras de la creación*, y el Premio Herralde en 2001 por *Últimas noticias de nuestro mundo*. En la actualidad dirige la Escuela Contemporánea de Humanidades, una institución que reúne a especialistas de la creación artística y el pensamiento para investigar sobre la sociedad contemporánea. Sus libros han sido traducidos a varios idiomas.

LA CRÍTICA

«Gándara cuenta con una obra narrativa extensa y variada, reconocida por un sector de la crítica y destacada por premios como el Nadal y el Herralde.»

ÁNGEL BASANTA, *El Cultural*

«Creo que desde Juan Benet —que fue uno de sus descubridores— no ha surgido entre nosotros una prosa tan poderosa.»

RAFAEL CONTE, *El País*

«Gándara maneja la dosificación informativa del diálogo, que es una modalidad que pocos novelistas saben manejar con la maestría que aquí se ofrece, porque todo lo que los personajes dicen revela y oculta información al mismo tiempo.»

JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS, *ABC*

«Un esfuerzo indudable por aclimatar entre nosotros, con dignidad literaria, un modelo de narración que no parece interesar a los escritores españoles dotados de ambición estética.»

RICARDO SENABRE, *El Cultural*

«La consagración de un escritor serio, meticuloso, nada complaciente con los clichés o las modas.»

ANGEL GARCÍA CALIANO, *Revista de libros*

SOBRE *LA MEDIA DISTANCIA*

«La mejor novela que he leído en los últimos quince años en España. En cualquier país de Occidente podría servir como reflexión de esta época.»

JUAN BENET

SOBRE *EL DÍA DE HOY*

«Gándara nunca baja la guardia literaria, no renuncia en ningún instante ni así lo maten al perverso juego de dosificar los efectos. [...] Gándara provoca al lector. Es un tipo de novelista que juega a una antipatía simpática con la que desata un dialogo que está por encima de la historia y sus protagonistas.»

IÑAQUI EZQUERRA, *El Correo Español*

«Merece la pena vivir la experiencia lectora que propone Gándara para volver los ojos hacia las rutinas que nos atenazan cada día, capaces de aniquilar sensibilidades.»

Revista Leer

EXTRACTOS

Estamos aquí, en este mundo, para saber por qué estamos aquí. No cabe otra razón. No hay mejor razón. Sentido de la vida y objeto de la existencia: nacemos para conocer.

Nosotros somos los que van a morir. Los que van a morir en un universo que permanecerá cuando nos hayamos ido y que nunca entenderemos del todo. De modo que hay una respuesta: el conocimiento sirve para distinguir lo que podemos llegar a saber de aquello que no sabremos nunca. Lo primero nos quita miedo. Lo segundo ahorra dolor.

Claro que hay dolor. Pero el dolor nos apega a la tierra, dice dónde estamos, nos orienta, pone precio justo a las cosas.

—Un profesor es también un actor. Sin la invención de la comedia no habría habido docencia.

Las tutorías tienden a comportarse como una terapia de pareja sin terapeuta: el objeto de la consulta no es escucharse, ni congraciarse, sino que no quede nada por decir.

Mi determinación en ese momento... ¿Quería que Julia aprendiese algo, que aprendiese, por ejemplo, que hay que despedirse, que los vivos se van, que los muertos también aspiran a que se les dé la bienvenida, que hay que cuidarlos? Yo era bueno en la teoría y se me presentaba la oportunidad de que mi hija supiera y me admirase por ello. Una teoría aprendida de memoria como aprendí en el colegio los ríos de la vertiente cantábrica.

—Da pena, ¿verdad? Sí, da pena. Pero piensa, Julia, que la vida es un milagro y él fue parte de ese milagro. Muchos seres son posibles, pero sólo unos pocos llegan a existir. Javier existió. No se puede quejar.

Cuando estábamos llegando a casa le pregunté:

—¿Sabes lo que contestó un griego antiguo que se llamaba Jenofonte a los que le trajeron la noticia de la muerte de su hijo en la guerra?

—Claro que no, papá.

—Pues les contesto: "Sabía que lo engendré mortal".

—Es bonito —dijo ella.

Yo siempre he dispuesto de frases célebres para las grandes ocasiones, como sucedió años más tarde con la hermana de Muriel. Son tranquilizadoras, agarran lo que se esconde, desplazan el debate interior a la voz sentenciosa de un oráculo, el corazón puede dormitar. Lo malo es que del ensueño se despierta de muchas maneras imprevistas. Observada retrospectivamente esa manía erudita que no ha dejado de acompañarme, creo descubrir también la declaración de un límite, de una impotencia personal, de una fuga, y, como suele decirse, tendría que habérmelo hecho mirar.

Intercalo una digresión: los que escriben sus epitafios y aquellos que lo dejan todo en manos de sus deudos. Los que quieren decir la última palabra y los que se marchan con un silencio absoluto. Los que tienen algo que decir y confían en que seguirán siendo escuchados, pensando que su obra, su vida y las vidas continúan; y los que se fugan a la nada y aportan la nada como herencia. No hace falta introducir juicios de valor, pero sí apreciar la diferencia.

Qué se hace. Qué *debe* hacerse. En tales situaciones, ¿*debe* uno saltarse los reparos de los próximos y comunicarse por las bravas con el afectado o con aquellos que puedan informar de lo que ocurre? Por el contrario: ¿*debe* respetarse a decisión de los próximos en cuanto dolientes, aunque uno no esté de acuerdo? ¿Hay algún prontuario de buenas maneras respecto a la enfermedad, el dolor y la muerte? ¿Estos asuntos los decide cada uno por su cuenta, puesto que ya no quedan ritos compartidos o creíbles, ni siquiera una conducta sancionada por la costumbre, algo apropiado y aceptable?

El viejo dijo:

—La gente que elige el barco, elige estar aquí y allí. Estar donde está, aislado de todo, en mitad de la nada, y estar donde no está, con los suyos, con la otra vida que hubiera podido tener, con el otro que hubiera podido ser. Quiere la nada y quiere todo. Eso es la condición humana.

En otro momento:

—Vivimos con lo visible y con lo invisible. Así somos. Ahora bien, ¿qué es más verdad? ¿Esta nada de estar ahora aquí, que se ve, o aquel todo de allí, de casa, que no se ve? Si uno se pregunta de esta manera, lo mejor que puede hacer es echarse a la mar.

En la cara de Camila había señales. Su tostada redondez parecía haber sido mordisqueada por un roedor aburrido, pequeños estragos que se agrandaban en la proximidad. La de mi amigo permanecía invariable, al menos en primer vistazo: la misma máscara que había ido cociendo la amargura de los últimos años o la rendición de los últimos sueños, esa luz fuerte y mate que ya no es esperanza, y la melena rubio y suelta, cada vez más plateada, en lánguido contraste.

El que observa desde la cafetería vuelve a cerciorarse de que quien está detrás de la mujer a la que no puede ver la cara, él mismo, ha estado allí otras veces o acaso sólo una, y que esas veces o vez no las ha traído él hasta aquí, sino que las ha traído la mujer que empuja la puerta, que las envía desde otro tiempo. Dos que van a hallarse en un encuentro que en realidad ya se ha producido, todo él, aquí, en este umbral que da una oscuridad cálida y a una escalera que conduce a una casa y a un cuarto irisados, en donde todo lo que va a suceder y aún no ha sucedido anda y desanda caminos, del futuro a este instante y viceversa, yendo y viniendo, incansablemente quieto.

[...] Lo que nuestra reducción a lenguaje comprensible y transparente deja fuera se torna enseguida fantástico y, así, la muerte de todo y la muerte propia se convierten en una galería de imágenes fantásticas y amenazantes. Es la fantasía que proyecta un lenguaje pobre para el uso a que se destina lo que activa el miedo y lo hace crecer. En lo que uno se apoya demasiado es al final lo que cede, como en las películas de terror. Y al no encontrar la vía de escape, nace la angustia y se renueva. Cuando irrumpe el momento temido, para el que nos hemos estado preparando toda la vida, nos encuentra desarmados y desnudos. Un espectáculo de sorpresa y pavor, no se sabe cuál predomina. He aquí la autoconfesión de Didion.

Lo que imagino del futuro habla más de nuestro presente que de los auténticos sentimientos y del papel que interpretamos cuando la fantasía se rinda antes la contundencia de realidades que nos superan. La anticipación puede convertirse en un delirio de control de lo que es por naturaleza incontrolable. Ese delirio de control es en sí una dolencia.

Hay en ello una dialéctica de la no vida. Rehuimos el dolor que nos espera entrenándonos torpemente para él, pero mientras tanto nos separamos de los placeres, las incertidumbres o los beneficios que se están dispensando en esta habitación y en esta hora, y de los que somos destinatarios. No es obligatorio ni inevitable sufrir o morir pequeños y asustados, como el campesino de la Ley del cuento de Kafka, que no consiguió traspasarlas a pesar de que fueron hechas para él. [...]

Los que van a morir han de atenerse a la misma legalidad que el resto de los vivos. La vida puede ser un tormento mayor que marcharse al otro barrio, de modo que los agonizantes han de ocuparse, por sí acaso, de que eso no ocurra por su culpa. La jerarquía trágica de la vida y de la muerte no es abstracta: es descarnadamente concreta y depende del lugar que ocupe cada uno, de lo que cada uno hace y sufre, de lo que da y de lo que recibe. Al fin y al cabo, el trance de morir forma parte de las disciplinas de la vida, todavía no se es un muerto.

El tiempo que queda, el tiempo que falta, el tiempo de la espera, el tiempo del viaje, el tiempo necesario, el tiempo que dura..., son tiempos de la vida. Los llevamos en una contabilidad, en libros de doble entrada. En cambio, el tiempo de la muerte, siendo el mismo tiempo, carece de cifra y de función. No se cuenta con él. Aunque la vida esté hecha de tantas muertes. Sólo cuando se agota el plazo de vida o cuando algo se extingue, comienza a operar. Lo malo es que para entonces ya sólo puede sentirse como la dentellada de una anomalía, como un engaño despiadado, como una broma cósmica o como un tajo.

El libro judío y la mentalidad griega ofrecen dos posturas que se dan en nosotros como variantes psicológicas. Hay quienes se ofrecen en holocausto al placer y a los presentes absolutos y quienes se entregan a la tarea y a los otros como manera de dar sentido a su tiempo. Por supuesto, nadie es un ejemplo puro de estas actitudes, y existen además otras posibilidades, algunas de ellas duras, como el pánico (rutinas y reglas más o menos absurdas y convencionales, rechazo de todo pensamiento o sentimiento vinculada a nuestra mortalidad, parálisis...).

También había empezado a cavilar en la muerte de una manera nueva. Aunque ni siquiera yo lo entendía muy bien. No me aterraba, no me hacía daño. Algunas veces, incluso me resultaba consoladora. ¿Una especie de plenitud negativa? No la plenitud del bienestar o del logro o del placer, sino una plenitud que abarcaba precisamente la fragilidad y la precariedad de todo, la mortalidad absoluta, el mundo descompuesto, herido hasta la médula, fracturado por mil sitios, devastado.

—La mayoría, entre los que me cuento, no sabemos enfrentarnos a sucesos fundamentales como el dolor, la muerte, la separación. No estaría mal saber algo de eso y unas cuentas cosas más antes de ponerse a escribir novelas o explicarle a la gente en qué consiste el mundo. No es nada nuevo, a ello se dedicaban los maestros antiguos y de ahí proceden las disciplinas que ahora consideramos académicamente normales. La escritura y los conocimientos también funcionan como una fuga o como un encubrimiento de las cuestiones esenciales.

—No se trata de reconocimiento, sino de memoria. El reconocimiento no tiene memoria. Es frugal, acomodaticio, circunstancial.

Mis tajantes separaciones afectivas, mi falta de empatía con los dolientes, mi hipcondría, mi negación del pasado, mi revestimiento como escritor, mi renuncia al contacto físico, mi dificultad para escuchar lamentos verdaderos —y, desde luego, para llorar— llevan el sello de una huida íntima, producto de la enajenación ejercida sobre la pena y el duelo.

La pérdida, por su parte, es radical, vandálica, y goza de cierta espontaneidad brutal: hay que sobreponerse. ¿Cómo se sobrepone uno? ¿Y quién es el que al final ha conseguido sobreponerse? ¿Por qué no aceptarla? Es difícil determinar en qué consiste lo de aceptar. Sobreponerse, aceptar..., y muchas veces el resultado es un mundo puesto del revés.

De la vida humana individual, efímera y acorralada por la imaginación de sus límites, como el último arbolillo de un bosque en llamas, sale una raíz que significa más que el fuego y que en otra primavera llegará más alto. El consuelo no es que nuestro corazón sea un sueño de cenizas, sino que las cenizas abonan la tierra en que se plantarán jardines.

Tránsitos. De una edad a otra, de un estado a otro, de un lugar a otro, de una actividad a otra: el tiempo de la vida tiene fronteras. Estábamos allí y ahora estamos aquí, éramos eso, y ahora somos esto, hacíamos aquello y ahora emprendemos algo diferente. Y el tiempo que atravesamos tampoco es igual: el tiempo de la infancia, del trabajo, del dolor, del sueño, del deseo varían de sustancia. Uno es todo presente, otro es todo futuro, alguno todo instante. Otros, nada: tiempos muertos, que no palpitan, que no andan en ninguna dirección (algunas esperas son así, algunas tristezas). Queda un tiempo definitivamente muerto, el de la inconsciencia de esta travesía, el que no quiere saber lo que deja atrás ni lo que ha de venir. La vida se congela entonces en un único momento, fugaz, en consecuencia, rodeado de muerte eterna, de abismo. Seguimos vivos, pero la imagen es la de la mortaja.

Llegamos a desear que el objeto de nuestra pérdida esté a la altura de nuestro duelo: que el amante, el padre o el amigo que nos ha dejado se arme de virtudes o de perfidia (en el último término sirven a lo mismo).

Desfiguramos a los ausentes. En el extremo, les damos una identidad nueva, borrando la vida que conocíamos del muerto verdadero y a menudo dando la ficción en herencia.

Mi hija Iris nació a mis cincuenta y dos años, justo un año después de la muerte de Alfredo y de Román y de la despedida de Muriel en la Escuela, el día 8 del mes de abril. Y con ella también vinieron al mundo algunos fantasmas relacionados con el tema de la edad y la paternidad, y con proyecciones de futuro de tipo abismal. Me acordaba de Alfredo, de la conversación camino de Tudes. La vida es una apuesta del género simple: o apuestas por ella o por nada. Y no apostar por la oportunidad de traer un ser vivo al mundo con pleno deseo de hacerlo me habría plantado ante un paisaje de declive y vejez en un marco incomparable de fosas. Iris, en cambio, representaba inexorablemente la vida. La traía consigo con estructura de estampida. Por lo demás, era un regalo y no necesariamente merecido.

La muerte tiene mil rostros: se muere en el amor, se muere el amor, nos abandona la alegría, o seres, a veces la memoria o el deseo, fallecemos. Pero el pensamiento es único: estás ahí, debes observar lo que haces, sobre todo porque nunca vas a gozar de tanta presencia.

Al dolor hay que darle espacio para que respire, hay que pasearlo por las habitaciones de la casa, por las calles de la ciudad, vigilarlo como a un niño cuando se suelta de la mano, siempre al alcance de la vista, tratarlo amorosamente cuando regresa, bañarlo y dormirlo en el cuarto que es suyo, y recordarlo como era aunque la memoria nunca es fiel. Un día se hará grande y se irá.

Hay que despedirse. Ahora tienes que despedirte del amigo que se va. Tienes que saber que él se va. Tienes que saber que tú también te vas de él. Di adiós y mírale a los ojos. Vuelve a casa. Escucha ese silencio. Más terrible que la ausencia es que no sepas cómo se van los que se van. Cómo te vas tú.

Prepárate para lo que pueda pasar. Eso te permitirá pensar en las cosas. Pero no te prepares para el dolor, porque cuando llega no tiene nada que ver con lo que has pensado. Si creías conocerlo, entonces te hará sentir débil, temeroso, fracasado. El dolor es lo que no puede ser pensado. Tampoco lo merece.

DECLARACIONES

«La autobiografía es tan ficción como cualquier novela. Es un territorio en el que el escritor está cómodo y es tan legítima como la ficción total.» *El Mundo*

«En España tenemos la rémora de que nadie reconoce que ha tenido o querido estudiar para perfeccionarse. En Estados Unidos, Raymond Carver, Tobias Wolf, o Chuck Palahniuk reconocen, mejor dicho, presumen de su paso por los talleres literarios y fomentan otros. Aquí, en cambio, prefieren ocultarlo como si fuese vergonzoso.» *El Cultural*

«No soy un tipo sensato, sólo lo aparento. Y soy tan insensato que lo aparento muy bien.» *Elmundo.es*

«No se puede enseñar a escribir, pero se puede aprender. Todos lo hemos hecho. La cuestión es dónde resulta más fácil y sobre todo más riguroso, si en casa leyendo la colección de clásicos de *El País*, o en una institución para creadores.» *Elmundo.es*

«Lo más frecuente es que las personas y los grupos humanos olviden con una facilidad pasmosa. Particularmente, aquello que no les gusta. La memoria es un tormento y vivimos en una sociedad que teme más al miedo al tormento que al tormento mismo. Todo alrededor está hecho para que olvides, una especie de “soma” al estilo de Aldous Huxley.» *ABC*

«La melancolía en el fondo no es más que una experiencia de lo eterno.» *El Escorpión (blog)*

«Escribo a partir de algo que me parece urgente y necesario. Yo ahora tengo el sentimiento de que hay algunas cosas que son más urgentes que otras, entre ellas la pérdida de la identidad de los individuos, la pérdida de los espacios en los que moverse, la pérdida de campos de operación donde los sujetos se manifiesten. El sentimiento que yo tengo es que vivimos como si al día siguiente no fuera a pasar nada.» *Poética. Cátedra Miguel Delibes*

«Gran parte de mi narrativa tiene que ver con un intento de construir una voz que pueda hablar del presente.» *Poética. Cátedra Miguel Delibes*

«La novela es la historia que nos contamos a nosotros mismos para seguir viviendo mientras haya formas de contar o ganas. Eso sí, en España seguirá siendo costumbrista y realista. Inamovible.» *Poética. Cátedra Miguel Delibes*

«Sólo me interesa un lector con el que pueda compartir algo o con el que pueda tomarme una copa sin sentir a mi lado una presencia molesta o lejana.» *Terra Incognita*